

CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO

DON ELÍAS PINO ITURRIETA

Comienzo con una manifestación de gratitud a la directiva de la Academia Nacional de la Historia, por solicitarme que respondiera el discurso de incorporación de Diego Bautista Urbaneja a su seno. La gratitud se extiende al recién llegado, desde luego, quien también estuvo de acuerdo con que dijera yo algo en esta ocasión. Como no siempre se da uno el gusto de discursar en la bienvenida de un hombre decente y eminente, tenía tiempo sin sentirme tan a gusto, pero también tan seguro de que lo que pueda expresar de seguidas contará, no solo con la solidaridad, sino también con el entusiasmo de los presentes, concedores todos de las excelencias del trabajo que ha realizado el flamante numerario.

Tal vez las cualidades de su trabajo no se deban únicamente a los libros que ha redactado y a las ideas que ha ofrecido sobre la evolución del país, de evidente trascendencia, como se tratará de describir en adelante, sino al hecho de descender de un linaje vinculado desde antiguo a la fábrica de Venezuela como república. Nadie quizá sepa hasta qué punto el hecho de venir de una rama dedicada a llevar a cabo ejecutorias notables obligue al más reciente de sus frutos a no desentonar, a ser una criatura que se pueda registrar como producción del mismo tronco y como promesa de idénticos o parecidos resultados, pero no cabe duda de que Diego Bautista Urbaneja se puede relacionar, sin forzar la barra, con la labranza de sus parientes del pasado. Quizá lo decidieran así sus mayores, quienes lo marcaron con el hierro de un nombre que se ha reiterado en sucesos sin cuya consideración difícilmente se obtiene un conocimiento cabal de nuestra vida pública durante dos siglos.

En efecto, topamos con uno de ellos en 1813, de los más viejos e intrépidos, preso en La Guaira debido a su debut como petimetre de ideas revolucionarias; pero después como redactor del *Correo del Orinoco*, como Ministro de Bolívar, como Vicepresidente de la República y de nuevo como miembro de los gabinetes de Páez y del primero de los Monagas. Como nada le es ajeno en las parcelas del gobierno, hasta se llega a estrenar en el remiendo de arterias constitucionales. Inmediatamente después, debido a su papel como divulgador y ejecutante de un proyecto moderno de liberalismo, adquiere celebridad otro caballero de la misma parentela que es presencia habitual en los cenáculos de Guzmán Blanco y quien llama la atención por unos encontronazos sonoros con el arzobispo Guevara y Lira que convocan alarmas y jaculatorias.

Pero otro de la misma estirpe no congenia entonces con el Ilustre Americano y milita en las filas del Delpinismo con un fragor que lo conduce a La Rotunda por órdenes de Joaquín Crespo; pero también a la Fundación del Partido Liberal Nacionalista, bandería de arraigo popular que tiene la ocurrencia de escoger como candidato presidencial a José Manuel Hernández, el Mocho. La celebridad de tal nominación ha hecho que se olvide la contribución de este notable ciudadano en la cartera de Instrucción Pública, pero especialmente su participación en la escritura del *Primer Libro Venezolano de literatura, Ciencias y Bellas Artes*, pionera enciclopedia de la cultura que se da a la estampa en 1895.

A la misma época remonta la participación de otra figura del clan, fundador de colegios de importancia en Caracas, divulgador de rudimentos de economía política y de un catecismo de historia patria, faena a la que se dedica con un ahínco que le hace descuidar la necesidad de comprar una casa para los suyos. Hacia el final de sus días, el Congreso le concede un aporte de 15.000 pesos debido al cual puede, por fin, tener hogar propio. Mayor celebridad adquiere entonces otra manifestación de la genealogía, quien escribe con frecuencia en *El Cojo Ilustrado* y se llega a ganar un premio por la

calidad de una pluma a la que se deben numerosas obras, una de las cuales resulta la más destacada de un certamen de novelas hispanoamericanas efectuado en Buenos Aires a la altura de 1916. Topamos, por último, con el más contemporáneo y el más cercano a nuestro recipiendario. Me refiero a un abogado de larga trayectoria que ocupa cargos de relevancia, como la Secretaría de la Universidad Central de Venezuela y el Ministerio de Justicia, del cual es titular entre 1951 y 1958. Antes forma parte de la directiva del Banco Central de Venezuela y es electo como Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, debido a sus contribuciones en el área de la jurisprudencia. En su biblioteca se acerca al conocimiento histórico el Urbaneja que hoy recibimos en la Academia Nacional de la Historia.

Un Urbaneja que no viene solo, según se desprende del boceto que se ha intentado desde la tribuna de una institución cuyo oficio consiste en el cultivo de la memoria. Viene por méritos propios, no faltaba más, sin necesidad de cobijarse en la copa de un árbol prolífico para sentarse en el sillón K que ocupó otro hombre acompañado por la obra de su parentela y por sus propias obras; pero cuyos orígenes seguramente han podido determinar la asiduidad de un compromiso con los asuntos venezolanos que lo ha conducido sin escollos a esta casa. Si ha heredado una carga digna de consideración, como se puede pensar mediante el recuerdo de lo que hicieron los ascendientes, la prosigue e incrementa con brillantez. Si no la consideró a la hora de emprender un fecundo camino, lo que se ha dicho es sólo un breve homenaje a quienes lo precedieron en el trabajo intelectual y en los negocios de la política. Hijo de su tiempo, nuestro Diego Bautista Urbaneja es criatura genuina de sus conminaciones, pero también puede ser la consecuencia de conminaciones del pasado histórico al que se ha aferrado sin necesidad de hacerlo, no en balde escogió como carrera el oficio de politólogo.

Nuestro Diego Bautista Urbaneja es, en efecto, profesor-fundador de la Escuela de Estudios Políticos de la Universidad Central

de Venezuela. En breve se convierte en Investigador del Instituto de Estudios Políticos de la misma universidad, entre 1973 y 1999. Aparte de su tarea de catedrático y de sus actividades de administración de la Escuela y del Instituto como miembro del Consejo de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, forma parte del elenco de fundadores de una publicación fundamental para las investigaciones de su competencia, la revista *Politeia*, que no sólo orienta como asesor sino también como escritor de diversos artículos. Sus luces han brillado también en Inglaterra, como Andres Bello Fellow y como profesor invitado de la Universidad de Oxford. Pero no es sólo un politólogo de formación académica, sino también un político *pura sangre*. Un honrado político *pura sangre*, para ser ahora otra vez justo de veras.

De lo que ha hecho como político son muchos los asuntos que ahora se deben recordar, pero apenas refiero, para no cansarlos, su actividad como diputado al Congreso Nacional en 1999, su rol de Coordinador del Plan Consenso País, llevado a cabo por la Mesa de la Unidad Democrática en 2009, y de Coordinador de la Unidad de Análisis Político de la Secretaría Ejecutiva de la Mesa de la Unidad, desde agosto de 2009. No es habitual que se mencionen en la Academia las faenas de esta naturaleza, pero en nuestros días, cuando la república no vive sus mejores horas, conviene resaltar los intentos que se hacen para que no tuerza más el rumbo. Como tales intentos se relacionan ahora con la seriedad del trabajo intelectual y con un profundo conocimiento de la historia patria, se justifica la somera referencia.

El trabajo de nuestro Diego Bautista Urbaneja se ha desarrollado en el campo de la politología, como sabemos, pero hay un par de aspectos de ese trabajo sobre los cuales conviene detenerse aquí. No le ha interesado la descripción de los episodios relacionados con la administración del bien común ni los hechos de la política como tales, sino su vínculo con el entorno del que forman parte. Nada de crónicas superficiales, aunque nadie pueda dudar de que sean gratas

y muchas veces elocuentes tales crónicas. Los relaciona con la correspondiente trama temporal, para llegar a la propuesta de análisis que parten de sustentos teóricos y del entendimiento de fenómenos panorámicos. Nada de quedarse plantado en el presente, pese a que sea la politología en esencia una ciencia del presente. Las investigaciones que ha hecho de la vida política miran usualmente hacia el siglo XIX, para tratar de encontrar en el origen de la nación y en su desarrollo a partir de la autonomía, después de la Independencia, explicaciones mayores y profundas. De allí que sus textos politológicos, pero también sus contribuciones a lo político propiamente dicho, terminen por convertirse en piezas de la historiografía venezolana. De allí que merezca con creces el sillón de la Academia Nacional de la Historia que en adelante le servirá de asiento.

De las contribuciones que debemos a un politólogo convertido en historiador imprescindible, destacan: *La idea política de Venezuela, 1830-1870*, incluida en la serie Cuatro Repúblicas de los Cuadernos Lagoven en 1988 y reeditada más tarde por la Fundación Manuel García Pelayo; *El Alcalde de San Mateo (Posibilidad y sentido de lo hispánico en el pensamiento y la acción del Libertador)*, un texto de 1990 promovido por el Banco Mercantil; *Pueblo y petróleo en la política venezolana*, que edita Monte Ávila Editores Latinoamericana en 1993 y desde cuyas páginas emprende una investigación de largo aliento de la cual todavía quedan contribuciones como la ofrecida en el Discurso de Incorporación que acabamos de escuchar; *El gobierno de Carlos Soublette o la importancia de lo normal*, que salió de las prensas de la Universidad Católica Andrés Bello en 2006; y *La renta y el reclamo*, su libro más reciente, publicado hace poco por Editorial Alfa.

De cómo ha tratado los asuntos que seleccionó para las investigaciones hemos tenido hoy una evidencia indiscutible en su Discurso de Incorporación, sobre la influencia del petróleo en el pensamiento venezolano mientras apenas despunta como fenómeno histórico. Nos ha llamado la atención sobre una forma peculiar de

pensar, sobre cómo no se pudo reflexionar de otra manera en torno a un ingrediente de la vida que apenas se presentaba en la plaza y en torno al cual cabían diversas posturas, incluso la de considerarlo como ave de paso. Sólo ha buscado en el primer pensamiento sobre el petróleo, si se puede llamar así, únicamente lo que ese primer pensamiento podía dar ante la sorpresa y la proximidad de un resorte de la convivencia que jamás había estado presente y sobre cuyo influjo se podían tejer diferentes interpretaciones desde las perspectivas teóricas y los requerimientos burocráticos o administrativos de la época. Sin reproches anacrónicos, sin registrar limitaciones donde no pueden estar presentes, sin perseguir a los miopes y a los ciegos que no existen, pero advirtiendo la presencia de una barrera de bibliotecas, de hipótesis e improvisaciones disponibles para ocultar el paisaje; sin buscar una siembra que solo se puede pedir como solicitud anacrónica porque todavía los venezolanos no tienen vocación de sembradores de petróleo; pero, a la vez, llevando la cuenta de los atisbos, los aciertos y los retos que los hombres de pensamiento y los hombres de acción de entonces dejaron como reto para la posteridad, Diego Bautista Urbaneja realizó la faena de su alternativa como todos esperábamos de un historiador hecho y derecho.

De que sea Diego Bautista Urbaneja un ciudadano de conducta irreprochable, la cabeza de una familia honorable y un colega en cuyas cualidades podemos confiar en adelante, como hemos todos confiado hasta ahora, se sabe de sobra y huelgan las palabras. Tal vez sea así por un mandamiento de los orígenes, o porque quiso ser así para bien del país al que ha dedicado sus servicios y para lustre de la disciplina que ha enriquecido con sus obras. Pero es así, por añadidura, y tales atributos también mucho importan a la corporación y al amigo que, sin merecerlo, ha tenido el privilegio de recibirlo. Sea bienvenido a la Academia Nacional de la Historia, don Diego Bautista Urbaneja.